

Lincoln Child dedica este libro a su hija Veronica

Douglas Preston dedica este libro a Karen Copeland

Agradecimientos

Queremos dar las gracias a las siguientes personas, por sus muchas y diversas atenciones: Jaime Levine, Jamie Raab, Kim Hoffman, Kallie Shimek, Mariko Kaga, Jon Couch, Claudia Rülke, Eric Simonoff, Matthew Snyder y todos los que nos ayudan a llevar nuestros libros hasta el lector, pertenezcan o no a Grand Central Publishing.

Estamos profundamente agradecidos a todas las personas que han participado en la construcción de la web sobre Pendergast de Corrie Swanson, incluidos Carmen Elliott, Nadine Waddell, Cheryl Deering, Ophelia Julien, Sarah Hanley, Kathleen Munsch, Kerry Opel, Maureen Shockey y Lew Lashmitt. Brindamos con un vaso de Lagavulin de veintiún años por su talento excepcional y su buen gusto literario.

Y como siempre, nuestra gratitud infinita y perdurable a nuestras familias, por su amor y su apoyo.

Los lectores que conozcan la parte alta de Manhattan tal vez observen que nos hemos tomado algunas libertades con Inwood Hill Park.

Huelga decir que todas las personas, lugares, organismos públicos y privados, empresas y entidades oficiales e instituciones religiosas descritos en *La danza del cementerio* son ficticios o se usan de

modo ficticio. Las ceremonias y creencias plasmadas en la novela, en concreto, son totalmente ficticias, y no tienen ninguna pretensión de parecerse, recordar o describir religiones o credos existentes.

Tú te lo puedes creer, Bill? Yo aún no. Casi hace doce horas que me lo han dicho y todavía no me lo creo.

—Pues créetelo, guapísima. —William Smithback Jr. des-cruzó sus largas piernas, se desperezó en el sofá de la sala de estar y pasó un brazo por los hombros de su esposa—. ¿Queda oporto?

Nora le sirvió un poco más. Smithback levantó la copa hacia la luz para admirar su color granate. Le había costado cien dólares, pero los valía de sobra. Bebió un poco y exhaló.

—Eres la gran promesa del museo. Tú espera, que en cinco años te harán decana de ciencias.

—No digas tonterías.

—Nora, es el tercer año consecutivo que recortan el presupuesto, y a tu expedición le han dado luz verde. Tu nuevo jefe no es tonto.

Smithback hundió la nariz en el pelo de Nora. Después de tanto tiempo, su olor (un toque de canela, un deje de enebro) seguía despertando en él una infalible excitación.

—Imagínatelo: el verano que viene estaremos otra vez en Utah, de excavación. Bueno, si puedes...

—Me quedan cuatro semanas de vacaciones. Los del *Times* no sabrán qué hacer sin mí, pero tendrán que aguantarse. —Un poco más de oporto, que hizo circular por dentro de la boca—. Nora

Kelly: expedición número tres. El mejor regalo de aniversario que podías pedir.

Nora le miró sardónicamente.

—Creía que mi regalo de aniversario había sido la cena de esta noche.

—Creías bien. Es lo que ha sido.

—Y ha salido perfecta. Gracias.

Smithback le hizo un guiño. Había invitado a Nora al restaurante favorito de él, el Café des Artistes, en la calle Sesenta y siete Oeste. Era el lugar perfecto para una cena romántica. Luces tenues, seductoras; bancos cómodos; murales insinuantes de Howard Chandler Christy; y por encima de todo, una comida sublime.

Se dio cuenta de que Nora le observaba. Sus ojos, y su pícaro sonrisa, contenían la promesa de otro regalo de aniversario. Le dio un beso en la mejilla, y se arrimó un poco más.

Nora suspiró.

—Me han dado hasta el último céntimo que les pedía.

Smithback masculló una respuesta. Disfrutaba de estar acurrucado junto a su mujer, haciendo una autopsia mental de lo que acababa de consumir. Para abrir el apetito, un par de Dirty Martinis, seguidos de un plato de embutidos. De segundo nunca podía resistirse al filete poco hecho con salsa bearnesa, acompañado de *pommes frites* y una buena cucharada de espinacas a la crema. Por supuesto, también se había zampado gran parte del lomo de venado de Nora...

—¿... Y sabes qué significa? Pues que podré acabar mi análisis de la difusión de la secta Kachina en el suroeste.

—Fantástico.

De postre habían tomado una fondue de chocolate para dos y un plato de quesos franceses, deliciosamente hediondos. Smithback descansó en la barriga la mano que tenía libre.

Nora ya no decía nada. Se quedaron como estaban, contentos de estar juntos. Al mirar de reojo a su mujer, Smithback se sintió cubierto de satisfacción, como por una manta. No era precisamente un hombre religioso, pero le parecía una bendición vivir en un piso con clase de la principal ciudad del mundo, trabajando

en lo que siempre había soñado. Y con Nora, en quien había encontrado nada menos que la compañera perfecta. Desde que se conocían, habían vivido años francamente movidos, pero si algún efecto habían tenido los problemas y peligros, era el de unirles aún más. Aparte de ser guapa, esbelta, trabajadora entusiasta y bien retribuida, nada irritable, comprensiva e inteligente, Nora había resultado la media naranja ideal. Se le escapó una sonrisa al mirarla. Demasiado perfecta para ser real. Así de sencillo.

Nora salió de su mutismo.

—No puedo relajarme demasiado. Todavía no.

—¿Por qué?

Se soltó y fue a buscar el bolso a la cocina.

—Porque aún me queda un recado.

Smithback parpadeó.

—¿A estas horas?

—Vuelvo en diez minutos.

Nora regresó al sofá, se agachó y le dio un beso, alisándole el mechón rebelde.

—Tú no te muevas de aquí, grandullón —murmuró.

—¿Lo dices en serio? Seré como el peñón de Gibraltar.

Sonrió, le acarició otra vez el pelo y se fue hacia la puerta.

—¡Ten cuidado! —dijo Smithback—. No te olvides de los paquetitos raros que nos mandan.

—Tranquilo, que ya soy mayorcita.

Inmediatamente después, la puerta se cerró y la cerradura dio una vuelta.

Smithback se estiró suspirando en el sofá, con las manos en la nuca. Oyó los pasos de Nora en el rellano. Después, el timbre del ascensor. Por último, solo el rumor de la ciudad.

Ya se imaginaba adónde iba: a la pastelería de la esquina. Hacían la tarta favorita de él, y abrían hasta medianoche. Smithback tenía especial debilidad por su *praliné génoise* con crema de mantequilla al calvados. Con algo de suerte, sería la tarta que Nora había encargado como final de fiesta.

Descansó en la penumbra del apartamento, escuchando la respiración de Manhattan. Los cócteles que había bebido lo ralenti-

zaban todo un poco. Recordó una frase de un cuento de James Thurber: «Adormiladamente satisfecho, borrosamente satisfecho». Siempre había sentido un cariño irracional por la obra de Thurber (periodista, como él), así como por las novelas baratas de Robert E. Howard. Su impresión era que uno siempre se había esforzado demasiado, y el otro demasiado poco.

Los meandros del recuerdo le llevaron por sí solos al día en que conoció a Nora. Lo recordó todo de golpe: Arizona, el lago Powell, el aparcamiento donde hacía tanto calor, la limusina en la que había llegado él... Sacudió la cabeza, riéndose entre dientes. Nora Kelly le había parecido un pedazo de bruja, una doctora con ínfulas que acababa de sacarse el título. Claro que tampoco él había causado muy buena impresión... Se había comportado como un perfecto gilipollas. De eso hacía cuatro años. ¿O cinco? ¡Caramba! ¿Tan de prisa había pasado el tiempo?

Oyó pasos en la puerta, y ruido de llaves en la cerradura. ¿Ya volvía Nora? ¿Tan pronto?

Esperó, pero en vez de abrirse la puerta, se oyó otra vez la llave, como si Nora tuviera problemas con la cerradura. Tal vez llevara un pastel en un brazo. Justo antes de que Smithback fuera a abrir, se oyó el chirrido de las bisagras y pasos en el recibidor.

—He cumplido mi promesa. Todavía estoy aquí —dijo él en voz alta—. El señor Gibraltar. Pero me puedes tutear.

Otro paso, pero en realidad no parecía de Nora. Era demasiado lento y pesado, como si vacilase.

Smithback se incorporó en el sofá. En el pequeño espacio del vestíbulo había una silueta recortada en la luz del pasillo, demasiado alta y demasiado ancha de hombros para ser la de Nora.

—¿Se puede saber quién es? —preguntó Smithback.

Acercó rápidamente la mano a la lámpara de la mesita, y la encendió. Reconoció casi enseguida al intruso. Al menos creyó reconocerle, aunque le pasaba algo raro en la cara. La tenía pálida, hinchada, casi pastosa. Parecía enfermo... o algo peor.

—¿Colin? —dijo Smithback—. ¿Eres tú? ¿Qué narices haces en mi piso?

Entonces vio el cuchillo de carnicero.

Se levantó como un resorte. La silueta le cortó el paso, arras-
trando los pies. Por unos instantes, fue como si todo se paraliza-
se. Luego, el cuchillo se acercó a una velocidad tremenda cortan-
do el aire ocupado por Smithback hacía apenas un segundo.

—Pero ¿qué coño...? —gritó Smithback.

Otra cuchillada. Smithback tropezó con la mesita en un de-
sesperado intento de esquivar el golpe, y cayó con ella al suelo. Se
levantó y se volvió hacia el agresor, agazapado, con las manos y
los dedos abiertos. Miró por todas partes, buscando un arma,
pero no la había. La silueta se interponía entre él y la cocina. Si
lograba esquivarla, podría coger un cuchillo y neutralizar su
ventaja.

Bajó un poco la cabeza y embistió, sacando un codo. Su ata-
que hizo retroceder al agresor, pero en el último momento la
mano del cuchillo cayó sobre él y le hizo un tajo profundo desde
el codo hasta el hombro. Smithback se arrojó a un lado, con un
grito de sorpresa y dolor, momento en que sintió el exquisito frío
del acero hundiéndose en la base de su espalda.

Parecía no dejar de hundirse, hincado en sus entrañas más vi-
tales, desgarrando su ser con un dolor como solo lo había sentido
una vez en la vida. Se quedó sin aliento, y al querer apartarse per-
dió el equilibrio y se cayó. Sintió que el cuchillo salía y se clavaba
una vez más. De repente tenía la espalda húmeda, como si le estu-
vieran echando agua caliente.

Reunió todas sus fuerzas para levantarse y atacar al agresor
desesperadamente, a puñetazo limpio. El cuchillo llenaba de tajos
sus nudillos, pero Smithback ya no sentía nada. La ferocidad del
ataque hizo retroceder al intruso. Era su oportunidad. Dio media
vuelta con la intención de refugiarse en la cocina, pero era como
si se moviera todo el suelo y, cada vez que respiraba, sentía una
especie de extraño burbujeo en el pecho. Sin aliento, ni apenas
equilibrio, logró entrar en la cocina a trompicones y buscó el ca-
jón de los cuchillos con sus dedos húmedos. Pero justo cuando
logró abrirlo, vio una sombra en el mármol... casi en el mismo
instante en que aterrizaba entre sus omoplatos otro golpe brutal.
Intentó zafarse, pero el cuchillo subía y bajaba sin descanso: arri-

ba, abajo, el brillo rojo del acero cada vez más apagado a medida que se le iba nublando la vista...

Nadie queda, ni nada. Ponedme ya en la pira; terminado el festín, las lámparas expiran...

Se abrió el ascensor. Nora salió al rellano. Había sido rápida. Con suerte, Bill aún estaría en el sofá, tal vez leyendo la novela de Thackeray que llevaba toda la semana poniendo por las nubes. Hizo equilibrios con la caja de la tarta para buscar la llave. Seguro que Bill ya adivinaba adónde había ido, pero era difícil sorprender a alguien en su primer aniversario...

Algo raro pasaba. Iba tan absorta en sus pensamientos que tardó un poco en darse cuenta: la puerta del apartamento estaba abierta.

Justo cuando lo vio, salió alguien. Le reconoció. Tenía la ropa empapada en sangre y llevaba un gran cuchillo en una mano. Clavó la vista en Nora, mientras el cuchillo goteaba copiosamente.

Instintivamente, sin pensar, Nora soltó tarta y llave y se echó encima del hombre. Ya empezaban a salir vecinos de los pisos, y todo eran voces asustadas, de terror. Mientras Nora se lanzaba sobre la figura, esta levantó el cuchillo, pero ella le apartó la mano al mismo tiempo que le daba un puñetazo en el plexo solar. Entonces él la arrojó contra la otra pared del descansillo, estampando su cabeza en el yeso. Nora cayó al suelo, con la vista medio nublada, mientras su atacante se aproximaba con el cuchillo en alto. Rodó para apartarse justo cuando bajaba el arma. Él le dio una patada brutal en la cabeza y levantó de nuevo el cuchillo. En el rellano resonaban gritos, pero Nora no los oyó; ya no oía nada, solo veía imágenes borrosas. Hasta que estas también desaparecieron.

El teniente Vincent D'Agosta permanecía frente al piso de dos habitaciones, en el rellano lleno de gente. Movi6 los hombros dentro del traje marr6n intentando despegar los brazos sudorosos de la camisa de poli6ster. No servía de nada estar tan enfadado. Influiría en todo lo que hiciese y perjudicaría su capacidad de observaci6n.

Inspir6 profundamente y espir6 tratando de expulsar la rabia con el aire.

Se abri6 la puerta del apartamento. Sali6 un hombre delgado y encorvado, con un solo mech6n en medio de su calva. Arrastraba un fardo de instrumentos, y empujaba un maletín de aluminio atado con correas a un carrito de equipaje.

—Ya estamos, teniente.

Cogi6 el portapapeles que le daba otro policia y, despu6s de firmar, se march6 seguido de su ayudante.

D'Agosta mir6 su reloj. Las tres de la madrugada. La brigada científica se había tomado su tiempo. Se estaban esmerando más de lo habitual. Sabían que el teniente y Smithback se conocían desde hacía mucho tiempo. A D'Agosta le irritaba verlos pasar de largo entre miradas furtivas, para saber cómo se lo tomaba y si se inhibiría de la investigaci6n. Era lo que habrían hecho muchos detectives de homicidios, aunque solo fuera para evitarse pegas en el juicio. No quedaba nada bien ser llamado a declarar por la de-

fensa. «¿El fallecido era amigo suyo? Qué coincidencia más... interesante, ¿verdad?» A ningún juicio le beneficiaban ese tipo de complicaciones, que molestaban muchísimo al fiscal.

Pero D'Agosta no tenía la menor intención de dejar el caso en otras manos, y menos cuando estaba tan claro. El culpable podía darse por sentenciado. Le tenían en sus manos. Solo faltaba encontrarle, al muy hijo de puta.

Los últimos miembros del equipo salieron del apartamento, firmaron el registro y dejaron a D'Agosta a solas con sus pensamientos. Se quedó un minuto en el rellano, intentando calmar sus castigados nervios. Después se puso unos guantes de látex, se ajustó la mascarilla sobre el pelo ralo y se acercó a la puerta abierta. Empezaba a marearse. Habían retirado el cadáver, por supuesto, pero el resto estaba intacto. Al final del pasillo, en un recodo, se veía una franja de la sala del fondo, y un lago de sangre en el suelo; huellas ensangrentadas, y la mancha de una mano embadurnando una pared de color crema.

Pasó por encima de la sangre, sin pisarla, y se paró en el umbral de la sala de estar. Un sofá de cuero, dos sillones, una mesita volcada y más sangre coagulada sobre la alfombra persa. Caminó despacio hasta el centro de la sala, aplicando suavemente la suela de crepé de sus zapatos. Se detuvo y se volvió, intentando reconstruir mentalmente la escena.

Había pedido que tomaran muchas muestras de las manchas de sangre. Había salpicaduras complejas, solapadas, que quería desentrañar; huellas sobre la sangre, y varios rastros de manos superpuestos. Smithback se había resistido como un jabato. Era imposible que el culpable se hubiera ido sin dejar su ADN.

A primera vista parecía un crimen sencillo, un asesinato desorganizado y caótico. El culpable había entrado con una llave maestra. Smithback estaba en la sala de estar. La cuchillada inicial le había puesto en desventaja desde el primer momento, antes de que empezase la pelea. El forcejeo les había llevado a la cocina, donde Smithback había intentado armarse: el cajón de los cuchillos estaba medio abierto, con manchas de sangre en el tirador y el mármol. Al final no había conseguido coger ningún cuchillo. Lás-

tima. En ese momento había recibido otra puñalada en la espalda. Otro forcejeo. Para entonces ya estaba muy malherido, y el suelo lleno de sangre, con resbalones de pies descalzos. Sin embargo, D'Agosta tenía la seguridad de que a esas alturas el agresor también sangraba. Pérdida de sangre, caída de pelo y fibras, jadeos a causa del esfuerzo con posible expulsión de saliva y mucosidad... Estaba todo allí, y D'Agosta confiaba en que la brigada científica lo hubiera encontrado. Hasta habían cortado algunos trozos de parquet con marcas de cuchillo para llevárselo. También habían recortado trozos de pared, tomado huellas de todas las superficies y recogido todas las fibras que pudieran encontrar, hasta la última pelusilla y la última mota de polvo.

Durante el recorrido visual, la mente de D'Agosta proyectó una película interna del asesinato. Al final Smithback se había debilitado tanto por la pérdida de sangre que el asesino había podido asestar el golpe de gracia: según el forense, una cuchillada tan profunda en pleno corazón que se había clavado más de un centímetro en el suelo. Al sacar el cuchillo, el culpable lo había retorcido tanto que había astillado la madera. Solo de pensarlo, D'Agosta sucumbió a una nueva mezcla de dolor y rabia. Aquel trozo de parquet también se lo habían llevado.

En realidad, poco importaban los detalles puesto que ya conocían la identidad del asesino. Por otra parte, nunca estaba de más acumular el máximo de pruebas, porque en aquella ciudad de locos nunca sabías qué jurado te podían asignar.

También estaban todas aquellas extrañas porquerías que el asesino había dejado. Plumas atadas con un cordel verde. Un trozo de ropa cubierto de lentejuelas de colorines. Una bolsita de pergamino llena de polvo, con un extraño dibujo en su exterior. El asesino lo había dejado todo en el charco de sangre, como si se tratase de una ofrenda. Lógicamente, ya se lo habían llevado los de pruebas, pero los tres objetos seguían grabados en la memoria de D'Agosta.

Lo que no había podido llevarse la brigada científica eran los garabatos dibujados en la pared a toda prisa: dos serpientes enroscadas en una especie de planta rara con pinchos, estrellas, fle-

chas, líneas complicadas y una palabra que parecía ser «dambalah». Era evidente que el dibujo estaba hecho con la sangre de Smithback.

D'Agosta fue al dormitorio principal y contempló la cama, el escritorio, el espejo, la ventana al sureste con vistas a West End Avenue, la alfombra, las paredes y el techo. Al fondo había otro lavabo con la puerta cerrada. ¡Qué curioso! Antes la había visto abierta.

Oyó un ruido. Un grifo que alguien abría y cerraba. Aún quedaba alguien de la brigada científica en el piso. Dio unas cuantas zancadas y cogió el pomo, que se le resistió.

—¡Eh, tú, el de dentro! ¿Se puede saber qué haces?

—Un momento —dijo una voz apagada.

Su sorpresa se convirtió en indignación. El muy imbécil estaba usando el baño. En un piso precintado donde habían matado a alguien. Alucinante.

—Abre ahora mismo la puerta.

Se abrió... y apareció el agente especial A. X. L. Pendergast, con un portaprobetas en la mano, unas pinzas en la otra y una lupa de joyero en la cabeza.

—Vincent —dijo la voz acaramelada de siempre—, cuánto siento que volvamos a vernos en tan tristes circunstancias.

D'Agosta se le quedó mirando.

—Pendergast... No tenía ni idea de que hubiera vuelto a la ciudad.

Pendergast se guardó hábilmente las pinzas en el bolsillo e introdujo el portaprobetas en un maletín de médico, junto con la lupa.

—El asesino no ha estado aquí dentro, ni en el dormitorio; deducción bastante obvia, pero de la que deseaba cerciorarme.

—¿Ahora es el FBI el que lleva el caso? —preguntó D'Agosta, mientras seguía a Pendergast del dormitorio a la sala de estar.

—No exactamente.

—O sea que vuelve a trabajar por su cuenta.

—Sería una manera de decirlo. Le agradecería que de momen-

to no comunicara a nadie mi participación. —Se giró—. ¿A usted qué le parece, Vincent?

D'Agosta expuso su reconstrucción del crimen, que fue acogida con gestos de aquiescencia.

—Tampoco es que importe mucho —concluyó D'Agosta—. Ya sabemos quién es el desgraciado. Solo tenemos que encontrarle.

Pendergast arqueó inquisitivamente las cejas.

—Vive en este edificio. Tenemos dos testigos que le vieron entrar y otros dos que le vieron salir lleno de sangre con el cuchillo en la mano. A la salida del apartamento atacó a Nora Kelly; mejor dicho lo intentó, porque salieron los vecinos al oír la pelea y huyó. Pero pudieron verle bien. Me refiero a los vecinos. Nora está en el hospital, con conmoción cerebral leve. Debería recuperarse sin problemas. Dentro de lo que cabe.

Otra ligera inclinación de la cabeza.

—Se llama Fearing, Colin Fearing; un actorucho británico en paro. Apartamento 214. Ya había acosado un par de veces a Nora en el vestíbulo. A mí me parece una violación frustrada. Seguro que esperaba encontrársela sola, pero el que estaba en casa era Smithback. Debíó de coger la llave del armario del portero. Tengo a alguien investigándolo.

Esta vez no hubo gesto de aquiescencia, ni nada más allá de la mirada inescrutable de siempre en unos ojos penetrantes de color gris plateado.

—Pero bueno, no hay misterio —dijo D'Agosta, que por alguna razón empezaba a sentirse a la defensiva—. Aparte de la descripción de Nora, el asesino aparece en las cámaras del edificio, con una interpretación digna de un Oscar, tanto al salir como al entrar. De la salida tenemos una toma frontal con el cuchillo en la mano y sangre en todo el cuerpo, amenazando al portero en el vestíbulo antes de irse. Al jurado le encantará. No se salvará ni de milagro, el muy cerdo.

—¿Dice que no hay misterio?

El tono dubitativo de Pendergast minó aún más la confianza de D'Agosta.

—No, ninguno —dijo con firmeza. Miró su reloj—. Me están esperando abajo con el portero. Será uno de los testigos estrella. Un padre de familia de plena confianza, que hace años que conocía al asesino. ¿Quiere preguntarle algo antes de que le dejemos irse?

—Me encantaría, pero antes de que bajemos...

El agente dejó la frase a medias. Introdujo dos dedos largos y blancos en el bolsillo delantero de su americana negra y sacó un documento doblado que ofreció a D'Agosta con un elegante giro de muñeca.

—¿Qué es?

D'Agosta lo cogió, y al abrirlo vio un sello rojo de notario, el sello oficial de Nueva York, un membrete elegante y varias firmas.

—Es el certificado de defunción de Colin Fearing. Con firma y fecha de hace diez días.